

de Palmares. Tiene 75 metros de largo por 25 de ancho. Ha sido construída de piedra labrada, armadura y torres de hierro, techado con láminas de zinc. Sus paredes tienen un espesor de 1,50 metros.

El primer Cura que tuvo Palmares vino el año de 1867 y lo fué el Presb^o don Rafael Soto, el segundo el Padre don Manuel Arias, el tercero el Padre don Belfort Rivas. Podría citarlos todos hasta la fecha, pero me parece por demás. Los primeros Agentes de Policía por su orden lo fueron los siguientes señores: don Miguel Salas y don Gaspar Fernández. Habiendo sido creada la Alcaldía antes de ser cantón en el año de 1885, sus cuatro primeros alcaldes lo fueron por su orden los siguientes señores: don Rufino Mora, don Vicente Campos, don Pioquinto Quesada y don Luis Castaing, que todavía vive. Este último ya lo fué siendo cantón. El decreto por el cual se creaba el cantón de Palmares fué emitido en julio del año de 1888 por el Presidente don Bernardo Soto, siendo su Ministro de Gobernación el Licenciado don Máximo Fernández. El primer Jefe Político que fué nombrado el mismo año lo fué don Rafael M^a Montealegre. Los dos que le siguieron fueron los señores don Joaquín Quesada y don Eustaquio Rodríguez. La primera Municipalidad fué integrada por los señores don Pablo Rojas, don Ricardo Fernández y don Manuel Vargas.

La primera escuela la hicieron los vecinos, de su propio peculio, por los años de 1872 a 1874. Siendo de madera, todavía existe y es hoy parte del mercado en el que hay varios establecimientos comerciales.

Las tierras de Palmares son feraces, las que producen maíz, frijoles y caña de azúcar; pero sus principales cultivos son el café y el tabaco. El café se comenzó a sembrar por el año de 1870, y al tabaco se le dejó en libertad de cultivarlo en 1895 por el entonces Presidente Yglesias. Las primeras matas se sembraron en 1896 y no pasaron de cinco mil. Actualmente su cultivo alcanza alrededor de cinco millones de matas. El tabaco de Palmares hasta hoy es el mejor del país.

Notas

EL RETRATO DE CARRILLO.—En el pequeño salón de recibo de la Casa Presidencial, llama poderosamente la atención el retrato al óleo del Presidente Carrillo, obra de gran mérito de uno de los mejores artistas franceses del Segundo Imperio, JOSÉ NICOLÁS JOUY discípulo de Ingres, que ocupa ventajoso lugar entre los artistas de su época, retratistas y pintores de historia. Nos atrae de súbito la figura de Carrillo abierta y noble, de gran prestancia; y cosa extraña, no es el semblante carirredondo, adusto y duro que hemos visto siempre, por el contrario, los rasgos de esta imagen reflejan aliada a la firmeza y rectitud de aquel gran carácter, una extraordinaria benevolencia, casi diríamos una dulce mansedumbre.

Avidamente lo hemos contemplado cuantas veces hemos podido: cráneo poderoso, amplia y despejada frente que alarga aún más una calvicie prematura, cutis blanco sonrosado, pocas arrugas, patillas y mechones de cabellos blancos, ojos garzos de mirada tranquila pero penetrante, boca que dice firmeza y bondad juntamente, noble actitud de toda su persona. Así era Carrillo, indudablemente: genio político, estadista rectilíneo, sin esas complicaciones, reservas y bajíos que traducen otros semblantes; austero y sencillo; llano en su trato; pensamiento y acción todo uno; firmeza incommovible; simpatía y bondad humanas!

¿Cómo poseemos este retrato, obra maestra de un pintor francés? Don Ricardo Fernández Guardia, nos ha contado la historia en amena conversación. Fué el patricio don Francisco María Yglesias, que conoció muy bien al Lic.

don Braulio Carrillo, por haber vivido con él en su misma casa, quien estando en Europa le pidió a doña Froilana Carranza v. de Carrillo, el apunte del retrato hecho en Guayaquil que ella conservaba, para mandar a hacer un buen retrato de cuerpo entero, en París. Allá le recomendaron a Jouy, y éste pintó el retrato a la vista de don Francisco María, preguntándole por todos los detalles de Carrillo; de ahí la vida del cuadro. El precio de la obra fué de *cinco mil francos oro* de entonces.

El señor Yglesias trajo el retrato a Costa Rica y lo tuvo en el salón de la casa de su sobrino don Federico Tinoco Yglesias, y allí sucedió algo muy significativo que cuenta el señor Fernández Guardia, y fué que Pelico Tinoco con un bastón le dió una punzada en la frente al retrato, abriéndole un hueco. Años después, don Francisco María Yglesias en apuros de dinero le vendió el retrato al Gobierno, que a lo acostumbrado, abandonó aquello en un rincón de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Allí lo encontró en 1910, don Ricardo Fernández Guardia a su llegada al Ministerio y entonces llamó al maestro Povedano, gran experto en restaurar cuadros, para que reparara la rotura y éste lo hizo con tal perfección que no se nota el daño.

De la Secretaría de Relaciones Exteriores pasó después el cuadro a la Casa Presidencial en donde se encuentra actualmente.

El artista Gómez Miralles obtuvo una muy buena fotografía de este retrato, con la cual exornamos nosotros las páginas de la REVISTA DE LOS ARCHIVOS NACIONALES

* *

HEMOS reunido en este cuaderno los documentos de don Braulio Carrillo que nos ha sido posible acopiar: unos dispersos en publicaciones distintas, inéditos otros, que nos dan clara idea de su personalidad histórica, de su gobierno y de su caída; agregando además algunos juicios y referencias de diversas épocas, con el objeto de que los estudiosos tengan a la mano los elementos de juicio necesarios para formar concepto propio de esa alta personalidad que tanta influencia tuvo en los destinos del país y tan profunda huella marcó a su paso por la historia.

En vano hemos esperado con las páginas abiertas de la Revista que el Lic. don Ricardo Jiménez Oreámuno produjera aquellos documentos o incontrastables razones que tenía para fundamentar su disparatada afirmación de que "*Hitler y Mussolini no son más que discípulos aventajados de Carrillo*", frase esa que por la autoridad de quien la dice, máximo exponente como dicen hoy del periodismo nacional, pudiera influir en mentalidades no formadas, ignorantes de que Carrillo no tuvo conniliones que lo acuerparan en empresas de megalomanía, de opresión de pueblos, o de engrandecimiento personal; que no quiso entrar en lucha con los jefes traidores del Jocote, ni que se derramara sangre costarricense por una presidencia de él; antes bien con suma modestia y sencillez abandonó el Poder dejando al pueblo que hiciera la experiencia de los nuevos amos que la traición le daba, y solo y pobre marchó al destierro para morir asesinado; modelo acabado seguramente de los Hitlers y Mussolinis de los venideros tiempos!

Desahogos de la sañuda pasión del Lic. Jiménez contra el insigne Padre de la Patria, que en verdad no encuentra su origen en los hechos de la víctima, sino exclusivamente en la ideología de liberalismo hñero, con que el señor Jiménez se adorna desde su ya lejana juventud.

Con vivas instancias pedimos a las personas que tengan o conozcan otros documentos, que los hagan públicos, para poder apreciar debidamente la verdad histórica, único afán nuestro que “la historia pide verdad y no leyenda”.

* *

DON JENARO BONILLA AGUILAR.—Era un caballero cartaginés educado en Inglaterra; de finos modales, mente despejada, espíritu liberal y nobles sentimientos: alto, fornido, de vieja estampa española. En mi infancia iba yo a jugar a la casa de sus padres, vecina de la mía, y admiraba aquel hombrazo amable y bueno, y de ahí que siempre le tuviera ley y buen aprecio. Después comprendí lo que a todos nos pasa, que la maleza del trópico creciendo vertiginosamente aplasta y ahoga en último término, todas las generosas inquietudes de la juventud y de la educación fuera del país.

Los antepasados de él y su padre don Gregorio Bonilla, con don Manuel Bedoya y los Jiménez, abrieron la zona de Turrialba, que otrora defendieran de piratas y zambos mosquitos, al pastoreo de ganado y labranza de la tierra; rozando ellos mismos la montaña, trabajando con sus peones cuchillo en mano, formaron las primeras haciendas de ganado, de cacao y de café de lo que fué Turrialba con sus aledaños. Por natural destino don Jenaro Bonilla, Diputado al Congreso Constitucional, promovió la creación del cantonato de Turrialba y se interesó en la formación de todas las instituciones cívicas, culturales y económicas de aquel pueblo que lo considera uno de sus fundadores, y a ese título su nombre debe conservarse en éstas páginas.

Pero él no se quedó a vivir en la nueva ciudad de Turrialba: ya las haciendas de su familia y de los primeros fundadores habían pasado a otras manos; campesinos enriquecidos, forasteros y extranjeros eran ahora los señores, y don Jenaro Bonilla se alejó para buscar en la acogedora región del Pacífico campo a su vida, pasando los años de su ancianidad en la amable y alegre Puntarenas. Allí nos encontramos un día en un café del Puerto. Yo venía de Sierpe algo enfermo, angustiado el corazón, quebrantado el ánimo pero no vencido: luchando por la vida como un peón después de haberle servido veinte años a la República, dándole libertad, abriendo una nueva Era en la política, haciendo Presidentes, Ministros, Diputados, proporcionándole becas y facilidades de educación a multitud de jóvenes, colocando a centenares y centenares de hombres en empleos que serían por años el pan y la subsistencia de sus hogares; ahora, yo era peón, ese es el pago que da la República a los que no han querido burlarse de ella. Me abrazó con efusión, sin duda recordaba al chiquillo que iba a travesear a casa de sus padres, y conversamos... Me contó entonces con la galanura de su frase, la conocida anécdota de aquel Lord inglés, gran señor, Jefe de un Partido en el Parlamento, que un día de tantos desapareció de Londres y se marchó a una de sus posesiones en la India. Pasó el tiempo, y sus correligionarios, echando de menos su presencia, mandaron una comisión de amigos a presuadirlo que volviera a Londres a jefear el Partido. El desengañado Lord los acogió con la cortesanía de su clase y los invitó a conocer la magnífica perrera donde se solazaba cuidando sus preciosos animales; a la llegada del amo con sus invitados, una multitud de perros de todas razas y estampas le hicieron fiesta bullangueramente con mil demostraciones de alegría y cariño. Entonces, por toda contestación a las instancias de sus amigos, el hombre que había figurado con distinción en la política de la vieja Inglaterra, les dijo: “*Cuánto mas conozco a los hombres, más quiero a mis perros!*” Mi noble amigo se había levantado de su asiento, nos miramos a los ojos como sonriendo y nos despedimos sin una palabra, con un nervioso apretón de manos...—J. V.